

ULTIMAS TEOLOGIAS SOBRE LAS ULTIMIDADES

Estas pocas páginas quisieran sencillamente completar y actualizar el panorama sobre la bibliografía referente a la Escatología que habíamos publicado hace ahora seis años bajo el título 'Hacia una Moral de la Esperanza' en la revista *Studium Legionense* 13 (1972) 41-67. Volviendo la vista hacia aquellos momentos nos parece que tanto el clima como el acento son ahora diferentes, tanto por lo que se refiere a la Teología formulada como por lo que se respira sobre la tierra madre de la vivencia cristiana de las realidades escatológicas.

La Teología del gabinete y de las clases comenzaba entonces a salir del arrobamiento en que la había sumido el redescubrimiento de la «niña esperanza» que profetizara Péguy.

El nuevo hallazgo había acaecido bajo el puntero de Jürgen Moltmann, que con su *Teología de la Esperanza* había intentado responder «cristianamente», desde el lado de la reflexión evangélica al desafío de la utopía del rojo caliente del marxismo que, en clave de una patria de la identidad, anunciaba y proponía Ernst Bloch desde su monumental *Das Prinzip Hoffnung*.

De aquel embeleso del hallazgo siguieron naciendo frutos apetitosos y estimables como aquella obra del mismo J. Moltmann, *Esperanza y planificación del futuro*, publicada entre nosotros por Ediciones Sígueme de Salamanca en 1971. En la misma editorial encontrábamos en 1972 la *Discusión sobre Teología de la esperanza*, una espléndida colección de diversos puntos de vista sobre la Escatología dirigida por Wolf-Dieter Marsch según el método que ya se había utilizado en otras discusiones sobre libros como *Honest to God* o *The Secular City*. Del mismo Jürgen Moltmann, la editorial Sígueme de Salamanca nos ha ofrecido en 1977 *El experimento esperanza* que tiene como objetivo, recogiendo conferencias de diversas épocas, iniciar en la praxis de la esperanza en los diferentes campos de la ética, la política, la medicina y el derecho.

De aquel hallazgo nació también aquella obra de culta divulgación teológica escrita por René Laurentin con el título *Nouvelles dimensions de l'espérance*, editada en París por Editions du Cerf en 1972; así como aquel espléndido comentario teológico al Padrenuestro que con el título *Teología del acto de Esperanza* nos ofreció en 1974 Santiago Alonso Salazar en ediciones del Perpetuo Socorro de Madrid o este interesante estudio de Henri Desroche, *Sociología de la Esperanza*, publicado en Barcelona en 1976, que nos introduce en la fenomenología cultural de la tensión humana hacia el futuro.

Al otro lado de los mares, Carl Braaten y Robert Jenson publicaban en 1970 en Nueva York su interesante obra *The Futurist Option*, que intentaba fructificar la esperanza, tanto desde el punto de vista de la filosofía de Bloch como desde la relación de la idea de Dios con la idea del futuro, proponiendo además un esbozo de «Escatología política» y ofreciendo un esquema para imaginar el futuro, sobre todo a través de la liturgia y la representación dramática.

Amplio eco había obtenido también la obra en colaboración editada por Maryellen Muchkenhahn, *The Future as the Presence of Shared Hope* y posteriormente traducida al castellano por le Editorial Sal Terrae de Santander. En ella sobresalía un artículo de Jürgen Moltmann sobre 'La categoría de lo Nuevo en la Teología cristiana', que luego recogería él en la obra mencionada *Esperanza y planificación del Futuro*. También era interesante el artículo sobre 'La esperanza judía y la esperanza secular' escrito por Eugene B. Borowitz, antiguo profesor del Seminario Teológico Judío de América, así como el estudio del P. Dominic Crossan sobre las 'Declaraciones Escatológicas en el Nuevo Testamento'.

Desde un punto de vista psicológico seguía teniendo un enorme interés la célebre obra de William F. Lynch, *Images of Hope*, sobre la psicología existencial de la esperanza humana.

Más bien divulgador y con menor contenido del que ofrecía el título, el libro *A Future to Hope in* de Andrew M. Greeley, publicado por primera vez en 1968, dedicaba solamente un capítulo a popularizar el contenido de la obra fundamental de Jürgen Moltmann, como, por otra parte haría la obra *Horizons of Hope* compilada y editada por Adrienne Blue y Louis M. Savary solamente un año después.

Al mismo intento de divulgación, pero con una sólida base escriturística, obedecía la obra de Ronald A. Sarno, *The Story of Hope*, publicada en Liguori en 1972, que estudiaba el camino hacia el futuro del pueblo de Israel, la nación de la esperanza, así como el surgir de la Escatología cristiana a la luz del mensaje de los sinópticos y de la apocalíptica, para terminar con una tercera parte dedicada a la comunidad cristiana, como pueblo de la esperanza.

Mucha mayor hondura había adquirido la tan difundida obrita *Readings in Christiana Eschatology*, traducida y editada por los Paulinos de Derby, Nueva York, del original alemán *Christus vor uns*, publicado en Frankfurt en 1966. Y mayor hondura también reflejaría el vol. 5 editado por M. E. Marty y D. G. Peerman dentro de la prestigiosa serie «New Theology» que publica The Macmillan Comany de Nueva Yory. Además de la excelente introducción sobre «La esperanza cristiana y los futuros humanos», este volumen ofrecía un buen estudio de J. B. Metz sobre la «Esperanza creativa», otro de Harvey Cox sobre Ernst Bloch y otro de Michael Novak sobre «El Futuro Absoluto» publicado previamente por la revista *Commonweal*.

OoO

Aparte de este vasto campo redescubierto tras el fecundo hallazgo de la esperanza, como desafío y como vivencia para la teología y la práctica

cristiana, otra amplia serie de trabajos se ha empeñado en profundizar en la temática del antiguo tratado de los Novísimos.

Y falta tenía de esa profundización. Aislado de su centro cristológico que debería haberlo constituido en una reflexión sobre el Cristo consumidor, el tratado de «las últimas cosas» había quedado reducido a una increíble cosmología fantasmal; a una especie de utópica ciencia-ficción sobre un futuro escrutado sin fe y sin pudor. Un largo proceso de reconversión a los géneros literarios de la literatura bíblica había ayudado a olvidar el pretendido concordismo de los relatos bíblicos sobre la protología y el principio del mundo o la aparición del hombre en la historia. Pero tal vez por un subconsciente deseo de seguridad frente a la amenaza desconocida del futuro, tal proceso de reconversión se ha hecho mucho más dificultoso por lo que se refiere a las afirmaciones bíblicas sobre la escatología. Nos ha sido difícil no ver en ellas un pronóstico «científico» sobre el final del mundo o la desaparición del hombre del escenario de la historia. El tratado «De Novísimis» encontró demasiado arduo el camino hasta volver a ser lo que siempre debió constituir: un tratado «De Novísimo»: una reflexión sobre el carácter último y definitivo de Cristo y de su salvación, de su plenitud y su promesa. Una reflexión sobre Cristo Jesús, nuestra esperanza.

Aislado además de su dimensión eclesial, el tratado se había convertido en el cuarto cerrado de la confianza —o del temor— personal ante el encuentro, siempre terrible con el juicio de un Dios en el que era difícil conciliar la justicia con la misericordia. El gran frontal que Miguel Angel imaginara para la Capilla Sixtina no está demasiado lejos de las estrofas del «Dies Irae» que imaginara Jacopone Da Todi. Las estrofas del canto y las figuras del fresco rezuman influencias de las sibilas presentes en uno y otro mucho más que del «teste David» que debería haber hecho sentir el latido profético de la Palabra de Dios. El anuncio del final, tendría que haber sido siempre la promesa consoladora que el Apocalipsis dirigía a la Iglesia en época de persecución: anuncio de un triunfo pregustado en la esperanza, fiesta comunitaria en la fiesta litúrgica de una Nueva Jerusalén siempre añorada y siempre pre-sentida, anhelo por la belleza de la novia que descende del cielo para sus bodas con esta tierra. La Escatología era incomprensible sin esta dimensión comunitaria, mitad gozosa y mitad crítica de todas las absolutizaciones, de todas las sociedades que a lo largo de la historia se autopresentan con las galas de la Jerusalén definitiva.

Y aislado, finalmente, de su dimensión cósmica, el tratado de los Novísimos había lamentablemente ofrecido la imagen alienante del opio que lleva a soñar mundos nuevos en un despreocupado des-entendimiento y des-empeño respecto a este mundo que es necesario construir en el sudor y en el amor. ¿Quién no recuerda la ironía de Giono que ve en los cristianos a los eternos ilusos que atraviesan beatamente las tormentas y las batallas, preocupados tan sólo por la flor que aprietan entre sus dedos? Como si la esperanza se pudiera realizar de espaldas a este mundo. Como si algún empleado pudiera alardear de conocer al Señor mientras, atemorizado por su propia responsabilidad, oculta en tierra los talentos recibidos.

Sería necesario el Concilio Vaticano II, para que el cap. VII de la Cons-

titución sobre la Iglesia nos recordase a todos estas irrenunciables tareas de la Escatología cristiana. Para que comprendiéramos que más que un tratado-apéndice de la Teología, la Escatología era y debía volver a ser el nervio y la dimensión de toda la Teología. De ahí que, después del Concilio, el taller de la Escatología, previamente cerrado por reformas, según una célebre frase de Troeltsch, haya comenzado a hacer horas extraordinarias, según otra famosa expresión de H. U. von Balthasar.

OoO

De algunas de las obras publicadas después del Concilio quisiéramos recordar simplemente algunas, como la estupenda monografía de carácter exe-gético *Jésus Seigneur et l'Eschatologie*, publicada por el jesuita Paul-Emile Langevin en 1967 en la editorial Desclée de Brouwer. En su estudio riguroso, el autor analiza minuciosamente algunos textos prepaulinos que testimonian la esperanza escatológica de la primera comunidad cristiana centrada en el Señor Jesús. Así 1 Tes. 1, 10: «Jesús, que nos libra de la cólera que viene»; la transformación del profético «Día de Yahvé» en el «Día del Señor», atestiguada por 1 Tes. 5, 2; la presencia litúrgica de la invocación-confesión sobre la venida del Señor, transmitida por 1 Cor 16, 22; Ap. 22, 20 y Didaché 10, 6.

El año siguiente, el P. Cándido Pozo, profesor de Novísimos en la Universidad Gregoriana de Roma, publicada su obra *Teología del Más allá*, en Madrid, dentro de la nueva serie de monografías teológicas de la Biblioteca de Autores Cristianos. En la obra hay que resaltar unos cuantos méritos, como aquel capítulo primero que nos ofrece un laborioso estudio sobre la doctrina escatológica del Concilio, especialmente sobre el mencionado capítulo VII de la *Lumen Gentium*. Hay también una cuidadosa recogida de textos bíblicos con un comentario breve y atinado. Y sin embargo, algo subyace en la obra que le hace a uno sentirse incómodo. Tal vez sea que, a pesar de las nuevas orientaciones que se vislumbraban o al menos barruntaban ya por entonces, uno se encuentra allí de nuevo con el antiguo tratado de Novísimos, traducido y repulido. O tal vez sea la molestia que se siente ante la intención, nada velada por otra parte, de defender los puntos de la «escatología intermedia», puestos en duda o negados por los protestantes. Tal vez sea que uno se esperaba más vida y menos apología, más dimensión escatológica y menos «últimas cosas».

Aquel mismo año Anton Grabner-Haider publicaba en la editorial Aschen-dorff de Münster una excelente obra titulada *Paraklese und Eschatologie bei Paulus. Mensch und Welt im Anspruch der Zukunft Gottes*, que ocupa el n. 4 de la nueva serie de «Neutestamentliche Abhandlungen».

Con el número 2 de la misma serie se publicaba en el año 1969 la segunda edición de la estupenda obra de Paul Hoffmann, *Die Toten in Christus* que constituye una seria investigación sobre la escatología paulina a la luz de la exégesis y de la historia de las religiones. En la primera parte se estudian en efecto las representaciones del más allá en el ambiente del apóstol Pablo: en el mundo griego del helenismo, en el antiguo judaísmo, en el judaísmo de la diáspora, en la cultura judía afincada en Palestina, así como en la literatura judía y rabínica de los dos primeros siglos de la era cristiana. En

la segunda parte se aborda directamente el tema de la solidaridad con Cristo en la muerte y el problema del estadio intermedio en los escritos de Pablo, estudiando para ello 1 Tes. 4,13-5, 11; 1 Cor. 15, 12-58; 2 Cor. 4, 16-5, 10; Fil. 1, 21-26.

En 1971, Juan-Luis Ruiz de la Peña nos daba a conocer la tesis doctoral que, bajo la dirección del P. Juan Alfaro, había leído en la Universidad Gregoriana. Publicada en Burgos, bajo los auspicios de la Facultad del Norte de España, llevaba por título *El hombre y su muerte. Antropología teológica actual*. En una primera parte estudiaba fielmente los datos de la Teología tradicional sobre la muerte. La segunda parte hacía un amplio resumen sobre la muerte en el pensamiento acatólico contemporáneo, que constituía un delicioso recorrido por la literatura y la filosofía de este siglo, especialmente la de una u otra forma vinculada con el existencialismo florecido en el pensamiento o en el arte. La tercera parte hacía un minucioso y razonado análisis de la moderna teología católica de la muerte, deteniéndose en autores como Teilhard de Chardin, E. Mersch, H. E. Hengstenberg, M. Schamus, Karl Rahner, H. Volk, R. Troisfontaines y los teólogos que han replanteado la hipótesis de la muerte como última opción, desde Démart a Glorieux o L. Boros, cuya obra *Mysterium Mortis. Der Mensch in der Letzten Entscheidung*, publicada ya en 1962, es ya suficientemente conocida a los lectores de habla hispana a través de la traducción publicada por Ediciones Paulinas. La obra de J. L. Ruiz de la Peña unía a la riqueza de datos, lo riguroso de la metodología, el respeto y cariño hacia los autores estudiados, la claridad de las conclusiones y un lenguaje de una elegancia difícilmente alcanzable en una obra de este estilo.

En Italia, en los años 1972 y 1974 aparecía la obra de S. Zedda, *L'Escatologia Biblica*, editada por la Queriniana de Brescia. Una especie de manual, cuyos volúmenes abarcan el Antiguo y el Nuevo Testamento respectivamente, con una riqueza de datos, sólo comparable a la claridad a la que siempre ha de aspirar un manual, acompañado en este caso de interesantes y documentados excursos sobre los más interesantes aspectos de la escatología bíblica.

El mismo año 1974 aparecía en Einsiedeln, publicada por la editorial Benziger la hermosa obra *Perspektiven der Eschatologie*, escrita por el capuchino Dietrich Wiederkehr, profesor de Teología Fundamental en la Facultad Teológica de Luzerna. Comienza planteándose cinco alternativas fundamentales en el moderno estudio de la Escatología: ¿Es la Escatología un tratado particular o una dimensión transcendental? ¿Des-integración o Re-integración de la Escatología? ¿Se trata en Escatología de una cronología-topografía objetivante o de una existencialización radical? ¿Es la consecuencia de la Teología de la gracia o de una Ética legalista? ¿Escatología de la Historia de la Salvación o Historia profana autónoma? La obra irá luego estudiando el acontecimiento de Cristo como evento escatológico: su persona y predicación en un horizonte escatológico, su muerte y resurrección como principio del final y la definitividad de su señorío. Estudia el futuro intrahistórico y su diferencia del futuro absoluto que constituye siempre una crítica, una liberación y una promesa con respecto a aquél. Considera, además, la pre-

sencia anticipada del futuro en el presente a través del Espíritu, así como la presencia permanente del pasado y las diversas opciones a que da lugar esta tensión. Estudia el libro la situación y función de una Iglesia que vive «entre los tiempos», así como el testimonio escatológico de una Iglesia-signo de las promesas y del juicio de Dios sobre la historia. Se ocupa luego de las confrontaciones y experiencias que comporta y exige la esperanza, tanto individual como comunitaria, así como la problemática, antigua y moderna, que suscita la cuestión de la continuidad o discontinuidad entre este mundo y el mundo que esperamos. Por último, estudia la obra el «eschaton» en su triple dimensión de cualificación, crítica y superación del presente, así como las tareas permanentes de la Escatología, tanto dentro de la misma temática teológica, como en el diálogo sociopolítico o como declaración y testimonio de la esperanza cristiana. Todos los temas, en fin, que a uno le hubiera gustado haber encontrado en un libro sobre «perspectivas de la Escatología». Un libro que nos hubiera gustado haber visto traducido a nuestra lengua.

En 1975, Juan-Luis Ruiz de la Peña nos volvía a sorprender agradablemente al ofrecernos un estupendo manual publicado en Madrid por varias editoriales de la Compañía de Jesús, dentro de la serie «Actualidad Teológica Española». El título, que pronto se ha hecho famoso, era *La otra dimensión. Escatología cristiana*. El esquema general es muy sencillo. A un capítulo introductorio sobre las categorías previas de temporalidad, futuro y esperanza, sobre el concepto y los problemas de método de una escatología, sigue una parte bíblica que analiza la escatología del Antiguo y del Nuevo Testamento y una segunda parte, sistemática, que estudia la escatología colectiva, la individual y el problema del estado intermedio como antinomia o coincidencia entre ambos. La experiencia de las clases nos asegura que este libro no solamente está enriquecido con una exégesis cuidadosa, sino que sus intuiciones resultan agradablemente iluminadoras. Lo hemos comprobado con alumnos de Seminario y con grupos de sacerdotes a los que hemos ido acompañando en cursos de formación permanente, que tan necesitada se encontraba en este terreno. Un manual nunca ha debido ser fácil de redactar, por lo que necesita de claridad orientadora y de sencilla profundidad. Y todo eso lo tiene este libro, junto a la riqueza de lenguaje que caracterizaba ya la tesis del autor.

En 1976 la Bibliotheca Salmanticensis de la Universidad Pontificia de Salamanca publicada una obra en colaboración titulada *Mesianismo y Escatología*, que recogía una serie de estudios que, en memoria del prof. Arnaldich Perot había ofrecido aquel mismo año la revista *Salmanticensis*. En el volumen, además de un breve prólogo del decano P. Pérez, se encontraban colaboraciones importantes de M. García Cordero, J. Alonso Díaz, J. Coppens, M. Delcor, J. L. Espinel, L. Turrado, F. Fernández Ramos, J. Pikaza, L. Alonso Schökel y S. de Ausejo, que recogían todas diversos aspectos bíblicos del tema objeto de la miscelánea.

Todavía dentro del año 1977 hemos podido ver una obra de Ramón de Areitio, *Resurrección o Inmortalidad*, publicada por la Universidad de Deusto. Se trata de un estudio filosófico teológico que intenta una seria comparación entre las posturas y conclusiones de Escoto y Suárez.

Al lado de todas estas obras habría que citar las traducciones que se han venido haciendo al castellano de obras clásicas, como el precioso librito de E. Brunner, *Das Ewige als Zukunft und Gegenwart*, o la clásica obra de A. Winklhofer, *Das Kommen seines Reiches*, así como algunas obras de divulgación teológica como A. Salas, *La Biblia ante el «Más allá»*. *Inmortalidad o resurrección*, Fax, Madrid, 1973.

OoO

Capítulo especial merecerían los intentos para elaborar una Teología Moral fundada sobre las exigencias de la tensión escatológica del mensaje cristiano. Citaremos únicamente la obra de Ricard Ildefons Lobo, *Una Moral para tiempos de crisis*, editada en Salamanca el 1975, en traducción del original catalán. Y nos permitiríamos mencionar nuestro propio esfuerzo que bajo el título de *Esperanza y Moral en el Nuevo Testamento*, León 1975, ofrece la parte central de nuestra tesis doctoral.

Estos y otros trabajos que se van preparando parten de la convicción de que el futuro de las utopías, también de la «utopía cristiana», son profundamente revolucionadoras de la esperanza, aún desde un punto de vista sociológico, como ha demostrado la obra de Henri Desroche, *Sociología de la Esperanza*.

Pero parten también de la firme convicción de que al fin y al cabo, el cristiano, como hombres de la esperanza, no puede quedar ahí mirando al cielo. La espera del Señor que viene como un relámpago en la noche le impulsa a mantenerse en la vigilancia y a bajar del monte de todas las ascensiones al valle donde se realizan el encuentro y la misión, la paciencia y el trabajo.

La esperanza que brota de la amanecida de la Resurrección no puede quedar encerrada entre las cuatro paredes, más o menos consoladoras y gratificantes de un cenáculo, sino que ha de expandirse en el anuncio y el testimonio de una vida emborrachada por el Espíritu.

De esta forma el primer dinamismo entre el presente y el futuro que se aguarda desemboca en el otro dinamismo que corre entre el ser cristiano y el actuar cristiano.

La parusía no es un motivo de amenaza para amilanar a los cristianos, sino un estimulante para la osadía y el júbilo, para la acción y la fiesta, para la esforzada liberación de este mundo que hay que tener preparado para la venida del Señor.

La esperanza de la parusía está íntimamente vinculada a la conversión de unos hombres que han presenciado la irrupción del Espíritu de la novedad (Act. 3, 19-21).

La esperanza nos invita desde entonces a vivir de un modo nuevo: en sobriedad con nosotros mismos, en justicia con los hermanos, en piedad con el Dios que se nos manifiesta en Jesús, nuestra esperanza.

José-Román Flecha Andrés